Diccionario ontológico de Armando Rojas Guardia

Foto: Ezequiel Carias

"La palabra consiste en esto: en que te estoy hablando".

Armando Rojas Guardia

La lengua es un teatro en donde las palabras son los actores

Ferdinand Brunetiére

Me gustaría que me leyeran mientras el idioma esté vivo.

Gustave Flaubert

... dando saltos metafísicos por esos espacios libres donde la conciencia se extasía, se concilia, se reconcilia con un afuera adverso, sintiendo como una hoguera las más humanas contradicciones, Armando Rojas Guardia conjuraba en su diario vivir, bajo soberanos hechizos de la palabra, los más fulgurantes exorcismos para limpiar la casa del ser donde habitaba...

Ramón Ordaz

Si, como dice Brunetíere, las palabras son actores, Armando Rojas Guardia construyó para ellas personajes densos para que interpretaran un rico imaginario conceptual por donde desfila el mundo moderno con todas sus miserias y dones.

Como lo afirma María Fernanda Palacios en el prólogo de *El calidoscopio de Hermes,* **el pensamiento de nuestro autor revela a un intelectual que se hace "responsable de lo que se ha comprendido". Y ¡cuánto costó esa responsabilidad! Asumirse como habitante de los márgenes, en su triple condición de católico, homosexual y poeta, hizo que construyera su propia metafísica y en**

ella forjara una ontología que especifica su voz, dándole inusitados protagonismos a las palabras que reportan el teatro humano de hoy, "sintiendo como una hoguera las más humanas contradicciones", para decirlo en boca del poeta Ordaz.

Corresponde a los escritores avivar la llama radiante del lenguaje. Flaubert sigue avivando el idioma (no solo su francés), porque sus personajes cada día tienen más que decir a los seres que vivimos en la contemporaneidad. Estamos seguros que igual sucederá con la obra de Armando Rojas Guardia.

Esta selección de piezas ontológicas que entregamos a nuestros lectores quiere dar cuenta de la densidad de su obra reflexiva, que circuló por diversos medios: libros, artículos, conferencias, entrevistas, conversaciones, muros de facebook, etc.

CM

Ágape. ¿Qué pasa, qué debe pasar cuando se desea sexualmente a un amigo? Si la heterosexualidad de ese amigo es evidente y notoria, imposibilitando de hecho y de derecho la consumación genitalizada del deseo, hay que transformar el apetito erótico en una oblación física y psíquica de la generosidad, convertir la necesidad de posesión en ofrenda y la pasión carnal en el obsequio de una entrega personal olvidada de sí misma. Intenté formularlo lapidariamente en el poema 15 de *Poemas de la Quebrada de Virgen:* "tragarse la muerte solitaria/ para que el otro sea dichoso". Es decir, querer tanto al amigo deseado que no se lo quiera para uno mismo sino por lo que él constitutivamente es, apostando por su realización humana y su felicidad con prescindencia del goce sensible que su cuerpo pueda otorgarnos. Es una cierta experiencia de la muerte, como afirmación del amor y, en consecuencia, de la vida. En el idioma existencial cristiano: convertir Eros en Agape.

Diario de Armando Rojas Guardia/Prodavinci, 20 de agosto, 2016

Agonía. Releo el viejo poema de Eliot, "El viaje de los Magos". El poeta, recreando ese relato mítico del Evangelio de Mateo, pide prestada la voz de uno de los Reyes, y cuenta las vicisitudes de aquel viaje — interior más que geográfico— que, encaminado hacia el Nacimiento de Jesús, fue él mismo un agónico alumbramiento espiritual.

Ese recorrido conllevó «una ardua y amarga agonía», porque consistió, en cierta forma, en una experiencia de la muerte. No una muerte física, ni siquiera mística, sino cotidiana y desprovista de toda grandiosidad trascendental: «los caminos profundos y el tiempo punzante, / los días más helados del invierno», «los camellos irritados, con las patas lastimadas, desobedientes", «los camelleros que maldecían y rezongaban / y se escapaban y querían su aguardiente y sus mujeres», «las ciudades hostiles y las aldeas poco amistosas / y los caseríos donde recargaban los precios». Al final, justo antes de contemplar el furtivo galope de un viejo caballo blanco, los Reyes viajan toda la noche, durmiendo solo a ratos, mientras escuchan las voces de los que les decían que toda aquella empresa «era una locura».

El calidoscopio de Hermes, 40

Alegría. Hemos sido creados para la alegría, la alegría es ontológicamente, anterior al dolor y superior a él, por eso la experiencia mística apunta básicamente al gozo, a la alegría, y la experiencia mística que no es dichosa, no es experiencia mística. El testimonio unánime de los místicos occidentales y orientales señala que la experiencia mística es una experiencia de gozo radical, supremo. Si la experiencia mística es uno de los niveles más altos a los que puede aspirar la condición humana, eso nos dice exactamente que hemos sido creados para la alegría.

Palabras de presentación del libro *El esplendor y la espera*, en diciembre de 2018.

Alma. … algunos, dentro del marco contemporáneo de nuestra civilización, siguiendo a los místicos nos hemos propuesto reivindicar la antigua noción de alma. Porque ella, desprendida de todo dualismo y de cualquier tipo de menosprecio o desvalorización de la corporalidad humana y de la materialidad del universo, rescata para nosotros el "adentro" de la subjetividad, ese polo interior irreductible, ese espacio de carnalidad subjetiva que, en medio de las relaciones sociales y de la mayor comunión con nuestros semejantes, no se pierde, ni se enajena, ni se disuelve y que, resultando tan intransferible como nuestro mismo cuerpo, constituye un lugar de nuestra responsabilidad. ¿No viene a ser necesario dentro de un contexto civilizatorio donde sobreabundan tantas solicitaciones del entorno que compulsivamente nos extrovierten, tanta contaminación visual y auditiva que nos distrae, desorienta y divierte —en el sentido pascaliano—, donde tanto aparataje tecnológico nos pone en el peligro de descentrarnos y alienarnos, no viene a ser necesario, digo, afirmar la necesidad del reconocimiento, el cultivo y disfrute de aquello que he llamado carnalidad subjetiva (y que guarda afinidad con lo que en la Antigüedad se denominó, y se llama todavía

así en la escuela de Jung, psique), de nuestra insondable dimensión interior? Reconocimiento, cultivo y disfrute que requieren, como sus condiciones de posibilidad, silencio, cierto margen de soledad y capacidad de disciplina.

"La cena que recrea y enamora"/Prodavinci, 7 y el 14 de enero de 2017

Alteridad. La alteridad baña cada repliegue e intersticio del cuerpo del otro; este es solo la polifonía material de la otredad que me adviene y a la que advengo. Así, la castidad no constituye otra cosa que la actitud que valora, con reverencia y ternura, dicha alteridad. Por eso mismo, la castidad expulsa de sí, como una ofensa al hecho sagrado de que el otro es radicalmente otro y no un apéndice, uno o un espejo de mí mismo, toda astucia manipuladora, todo ingenio táctico que tienda a poner a ese cuerpo del otro al servicio utilitario de mi placer, de mi miedo a la soledad o de mi narcisismo.

El calidoscopio de Hermes, 16

Amistad. A veces nos acomete una medular desconfianza ante lo humano: nos sentimos hartos del hombre, de su incumplido proyecto, su maqueta, su plural garabato, su manera de existir como mera e incumplida promesa. Pero estos días, a la luz de tantas tonificadoras experiencias de la amistad y fraternidad radicales, me siento convidado a agradecer el privilegio ontológico de ser un hombre, sobre todo al lado de los que amo como a mí mismo y me honran con su devoción cariñosa, su lealtad a toda prueba.

Texto tomado de su muro de Facebook del 11 de mayo de 2018.

Amistad. El Dios que nos colocó desnudos, piel al lado de la piel, en el centro manante de un paraíso oculto que todos los días perdemos, pero que todos los días resucita en la celebración de los cuerpos y en esa extraña hondura, país de comunión sumergida, que llamamos amistad.

El Dios de la intemperie

Amor. El amor es, tal como lo concebimos hoy, una invención del cristianismo. "La seducción es pagana. El amor es cristiano. Es Cristo quien empieza a querer amar y hacerse amar", afirma Jean Baudrillard.

Y ya se sabe que para Baudrillard el amor es una forma "blanda", sentimental, reactiva, de la "fusión" de los seres entre sí, que él opone, precisamente, a la seducción, entendida ésta como duelo enigmático cuya intensidad ritual mantiene el antagonismo perpetuo de los individuos en el desafío, en el juego dual, en la excitante distancia diferenciadora. Baudrillard considera al amor como pérdida de aquella singularidad antagonista; pérdida que instauraría una especie de fuerza "fofa", informe, de reconciliación, convirtiendo, por ejemplo, la religión en afecto, sufrimiento y aproximación fusional, "cosa que traía sin cuidado a las demás culturas y mitologías, arcaicas y antiguas, para las cuales la soberanía del mundo reside (…) en actos de seducción por excelencia"

En todo caso, el amor es un invento cristiano.

El Dios de la intemperie

Atención. El tema de la atención es crucial, no solo en mi vida. Creo que es un tema absolutamente central en la propuesta que la experiencia religiosa tiene que hacerle al hombre contemporáneo. La atención tiene que ver con el hecho de estar despierto. Buda en sánscrito significa, el despierto, y en el Evangelio de Marcos hay un versículo con esta frase: ¡Atención, estén despiertos!

Citado por Ignacio Murga. Sic. N° 828. Setiembre-octubre de 2020.

Autoconciencia. Yo he procurado desde hace muchos años adiestrarme disciplinadamente en la atención tal vez porque como hijo de mi tiempo y producto de mi formación intelectual y humana, tiendo al laberinto de la autoconciencia. Mucha gente señala que una de las características de mi espiritualidad que reflejo en mis ensayos es la lucidez. Esa lucidez en mi caso tiene un doble viso: por una parte, brota de ese exceso laberíntico de autoconciencia y, por otra parte, brota de mi disciplinada atención al mundo.

Citado por Ignacio Murga. Sic. N° 828. Setiembre-octubre de 2020.

Azar. Abolir el azar: he allí una coartada religiosa por excelencia. Mientras tanto, la acérrima infección de lo plural carcome a la postre la aparente salud de lo Uno.

El Dios de la intemperie

…

Si, abolir el azar: tentación máxima. "El tiempo es miedo", ha dicho Krishnamurti. Para intentar vencerlo, ideamos al Dios providente de la teología.

El Dios de la intemperie

Belleza. La belleza, que es forma pura (la música es el arte en el cual el contenido es forma) no tiene otra finalidad que ser ella misma. Simone Weil, siguiendo a Kant, afirma que lo bello tiene en sí mismo su teleología: no posee más finalidad que su propia evidencia. Cualquier intento de otorgarle un fin distinto a su íntegro despliegue, la desnaturaliza. Me atrevo a conectar esta afirmación con otra de Jean–Luc Nancy: "La idea de creatio ex nihilo, en cuanto que se distingue de toda forma de producción o de fabricación, recubre esencialmente el doble motivo de una ausencia de necesidad y de la existencia de lo dado sin razón, sin que ese don tenga fundamento ni principio". Es decir, el advenimiento del mundo no tiene causa, no responde a ninguna necesidad, permanece sin razón alguna. Ha sido dado por nada, sin justificación previa, sin causa. Y, contrariamente a lo que postularía una visión instrumental del universo, desde la afirmación de la creatio ex nihilo podemos y debemos decir que el universo tampoco tiene una finalidad que deba ser cumplida: el mundo existe en ausencia de toda razón. Su única razón, su sola causa y finalidad, es ser don, es ser obsequio. El mundo es una pura gracia. Repitámoslo: la sola finalidad del universo consiste en ser él mismo. Como la belleza. ¿No podemos afirmar que la belleza es la única finalidad de la existencia del mundo? Esas flores enormes que ahora mismo se abren para nadie al fondo de los abismales y boscosos barrancos tropicales, y que tampoco nadie nunca contemplará, ¿no nos hacen recordar la sentencia de Ángel Silesius, en pleno siglo XVII: "La rosa es porque sí. Florece porque florece"?

Diario de Armando Rojas Guardia/Prodavinci, 29 de octubre, 2016

Castellano. Desde muy joven he vivido enamorado de mi idioma. Me cautivan el fasto del castellano, la suntuosidad que obsequian las palabras de nuestra lengua al entrechocarse, esas vastas constelaciones de vocablos desplegándose al estremecernos con el presentimiento, y a menudo la proximidad, de la plenitud. Thomas Merton, quien dominaba perfectamente varios idiomas, afirmó en una ocasión que el castellano era el idioma propicio para hablar sobre y con Dios. No es casual que los dos más importantes místicos de la cultura occidental, Juan de la Cruz y Teresa de Ávila, hayan hablado y escrito en español. «La noche sosegada / en par de los levantes de la aurora, / la música callada, / la soledad sonora, / la cena que recrea y enamora». Esta estrofa del «Cántico espiritual» nos permite paladear con fruición el regio sabor del castellano, el lujo sinfónico de nuestra lengua, la densidad mental que suscita su connatural opulencia. Soy poeta por pura veneración ante esa majestad verbal que trabaja desde adentro a millones de hombres y mujeres en el mundo. Puedo decir, como escribía el Bernardo Soares de Pessoa hablando del portugués: «Mi patria es la lengua castellana». Es el único sentimiento patriótico que reconozco y asumo como mío. Todos los días trato de estar a su altura, de merecerlo.»

Facebook de José Pulido/ 23 de septiembre de 2018.

Castidad. Sí, la castidad es uno de los nombres de la solidaridad. No debe ser confundida con la mera continencia. Si ella conoce, variable según las vocaciones y las circunstancias, una cierta ascética de la abstinencia, es, sencillamente, porque supone una delicada autopedagogía personal: la que tiende a estructurar dentro de nuestro propio psiquismo un conjunto de hábitos que logren construir, desde el fondo, conjunto de hábitos que logren construir, desde el fondo, la postura mental — conciente y, en buena medida, también inconciente; refleja y automática— de percibir constantemente la alteridad en la carne del otro. Esa abstinencia no viene a ser, desde luego, un fin en sí misma, sino una práctica educativa: el adiestramiento en la aptitud, más y más creadora, para decir NO a toda tentación de cosificar, instrumentalizar, objetualizar el cuerpo de los demás.

El calidoscopio de Hermes, 16

Catolicismo. Compruebo que he vivido durante cuatro años en un universo mental que me aporta una especial consistencia interior. El corazón de ese universo mental es el catolicismo vivido, con-sentido. Cada vez que me desplazo hacia la periferia de tal clima interno, donde me he movido a mis anchas; cada vez que siento la tentación de superar o extraviar al católico que en mí respira, automáticamente pierdo consistencia, me descentro, existo sin eje.

Diario de Armando Rojas Guardia/Prodavinci, 19 de noviembre, 2016

Chavismo. El patrón modélico del chavismo ostenta dos aspectos consustanciales, ambos imbricados: el estatismo y el militarismo. Con respecto al estatismo, conviene decir que viene a ser una significativa y cruel paradoja el hecho de que, siendo que en los textos clásicos del marxismo-leninismo (la autollamada "revolución bolivariana" confiesa su inspiración marxista) la meta a lograr consiste en la paulatina disolución del Estado hasta su desaparición (basta recordar las tesis de Lenin en *El Estado y la revolución*), la práctica concreta de los gobiernos socialistas se ha caracterizado, empero, por endurecer e hipertrofiar la trama estatal hasta límites desconocidos en la historia, convirtiendo al Estado en la instancia omnímoda, ubicua

e inapelable que se ramifica en todos los nervios y vasos capilares de la vida colectiva. Ese es el ejemplo que ofrece la Cuba castrista. Fiel a esa concepción estatista, el chavismo preconiza y practica una hegemonía estatal que lo abarca todo: desde el control cambiario (que le sirve para maquillar y disfrazar artificialmente la galopante devaluación de la moneda) hasta la red comercial de la distribución de los alimentos. Es el Estado pretendiendo sustituir a la sociedad, cediendo en todo momento ante la seducción de acallar toda disidencia, de encarcelar al oponente, de someter mediante la censura y la autocensura a los discursos y narrativas alternativos, de aterrorizar al disconforme, de hacer emigrar a quien ya le resulta insoportable la situación del país.

Diagnóstico y prognosis / Prodavinci , nueve de julio de. 2020.

Conciencia. … resulta clara la ocupación cuasi-militar de mi psique por la dictadura de la conciencia, ya desarraigada de un contacto nutritivo con los primigenios manantiales del inconciente; conciencia autonomizada, ardiendo como sol-lucidez totalitariamente represivo, por cuanto esteriliza y enmudece. Lo masculino-patriarcal y lo heroico-ascético tiranizan falocráticamente ("el sol penetra") el universo psíquico, hasta el grado paroxísmico de una identificación literalista con lo solar; y con lo solar divinizado ("el ojo de Dios") al que el sujeto hablante del poema se somete paranoicamente: la culpa se hace, de manera tácita, presente, como la sombra necesaria que arroja esa exposición delirante de la carne interior — y exterior— al padre-sol, a su insolación moral.

El calidoscopio de Hermes, 30. A propósito de su poema "Siesta del ser".

Cosa. La cosa no es más que lo que es, y yo soy lo no-idéntico, lo no-cosa, mi querer no aspira en el fondo último de sí mismo a nada finito ni puede contentarse con ello: lo que quiero es reconocerme como no-cosa: el deseo solo puede identificarse sin cosificación con otra infinitud, con otra no-identidad no cosificada. Aquí ya palpo el discurso de Emmanuel Levinas: lo infinito en lo finito, el más en el menos, que se realizan y se producen como deseo. No como un deseo que se apacigua con la posesión de lo deseable sino como el deseo de lo infinito que lo deseable suscita en lugar de satisfacer.

"Mi visión personal del cuerpo"/Prodavinci, 17 de marzo 2017

Cristianismo. El cristianismo surgió en el contexto de una religión uránica, paternal, masculina, como lo es el judaísmo. Un tipo de religión orientado, no precisamente hacia lo cónico (lo telúrico), la tierra, la generación y los misterios de la muerte, sino mas bien hacia la infinitud (lo celestial como símbolo contrapuesto a lo terrestre), hacia la trascendencia. El judaísmo no es religión maternal; por eso, no está enfocado hacia el origen, el paraíso terrenal y la reconciliación primordial, sino sobre todo hacia el final de la historia, hacia el futuro, hacia la salvación escatológica.

Eso quiere decir que el cristianismo lleva dentro de sí mismo un germen falocrático, un poderoso boceto de tiranía masculinizadora, frente al cual ha de estar atento, si no quiere endurecer teórica y prácticamente algunos de sus potenciales peligros (la minusvalorización de lo femenino en el universo mental judío ha pasado, a veces con matizaciones, al ámbito cristiano y a las anacrónicas actitudes de la Iglesia Católica ante el papel de la mujer en la vida de su propia institucionalidad son, en este sentido, significativas).

Pero, como dice con extraordinaria y valiente perspicacia el teólogo brasileño Leonardo Boff, "quizá ha llegado ya la hora en que encontramos las debidas condiciones históricas para revelarse la otra cara de Dios, la femenina…Cristo".

El Dios de la intemperie

Cristo. Dios, en Jesús, no es el Todopoderoso, el Omnipotente, el Majestuoso Poder amparador que las religiones conocen (a través de la solemnidad, la vastedad del universo, la belleza, el ámbito numinoso del poder humano). Dios, en Jesús, es el Débil, el Desarmado, el Sufriente —tal como lo son las víctimas, los oprimidos, los dolientes—, el que comparte con nosotros el tormento del vivir. Place suya nuestra hambre y nuestra sed: las siente él mismo. De esta forma podemos comprender que su Espíritu clame desde los pobres, desde los humillados, desde los despreciados, desde los perseguidos, desde los marginados y olvidados, impulsando a que, efectivamente, todos tomemos tan en serio, tan sin mistificaciones, la Pregunta, que tratemos de compartir su llaga. Dios no nos da ningún poder mágico, sino la desamparada fortaleza del amor, por medio de la cual vencemos a la misma muerte al estar dispuestos a ir hacia ella por los hermanos.

El Dios de la intemperie

Crítica. Me inclino hacia una crítica hedonista. Por tal motivo, me interesa el penúltimo Barthes, pero deslastrado de buena parte de su carga ideológica, proyectada en una

cierta metodología que aun paga tributo al cientificismo psicologizante de cuño lacaniano.

El criterio es fruto, para mí, de una sabiduría del goce. El texto, un objeto del placer. Este —el placer—, mediado, claro está, y a veces mediatizado, por el pensamiento, que a su vez resulta mediado por la cultura. Pero ambos —pensamiento y cultura— concebidos, en este contexto, como arsenales del goce, como el instrumental del poder cognoscitivo del placer.

¿Qué es la voluptuosidad —se pregunta el Adriano de Margarite Yourcenar— sino un instante de suprema atención del cuerpo?»

Si, el texto como la carne concreta, insistentemente palpada, de una voluptuosidad, es decir, de la suprema atención del cuerpo inteligente, o sea, conciente de sí y de su entorno.

El calidoscopio de Hermes, 5

Cruz. En la cruz no hay nada bello, a pesar del tratamiento esteticista que las artes plásticas occidentales han hecho de ella: la cruz es la imagen de un espantoso asesinato; en ella solo hay un hombre reventado por la tortura física y psicológica, desangrándose frente a la befa y el escarnio de los que lo contemplan. Lo único bello que hay en la cruz es el gesto moral de ese hombre solidarizándose a través de ella con todos los crucificados de la historia humana. La cruz es la heterotopía pura: lo otro, lo diferente contra lo cual se estrella toda la idolatría consoladora de una belleza manipulable, hecha a la medida de los espejismos más ficticios de nuestro deseo.

Diario de Armando Rojas Guardia, Prodavinci, 23 de julio, 2016

Cuerpo. Mi cuerpo es mi manera polimorfa de estar en el mundo; la emergencia parlante y obrante del destino que soy.

…Mi cuerpo es el órgano sensible de mi conciencia: su sensibilidad, su sensitividad y su sensorialidad están hasta tal punto entrelazadas con ella, con mi conciencia, que "todo lo que aumenta el poder de acción de mi cuerpo aumenta automáticamente el poder de acción de mi conciencia" (Spinoza).

"Mi visión personal del cuerpo"/Prodavinci, 17 de marzo 2017

Desde hace milenios, la cultura occidental ha colocado al cuerpo en el infierno. La rebelión corporal se adorna, entonces, con el fulgor del fuego infernal. Blake hablaba ya, en siglo XVIII, de que"el mal es lo activo que se nutre de la energía… La energía es la única vida, y procede del cuerpo. La energía es el eterno deleite». Con lo cual establece una simetría casi ontológica (o al menos existencial) entre el mal, el cuerpo, la energía y el placer.

Esta simetrización es apresurada y superficial, aunque cierta estética moderna, que tiene al cuerpo como referente principal, la juzgue tentadora. Quizá todo hombre y mujer occidentales ha rozado, de una u otra forma, esa estética falaz. Optar por el diablo para rescatar al cuerpo supone admitir, románticamente, que éste vive bajo su dominio ético. Y eso, por supuesto, no es verdad. Eso representa asumir acríticamente unos postulados culturales, una dicotomía secular que otorga al espíritu todos los resplandores de lo sublime y reduce la materia a encarnar el pecado, la maldad.

El calidoscopio de Hermes, 17.

Desengaño. Los grandes autores literarios del XVII español, en especial Quevedo y Gracián, denominaron "desengaño" a la actitud mental que viene de regreso de toda ficción ilusoria, de toda vana fantasmática deseante, de toda la pompa hueca del optimismo fácil, cuya amnesia culposa busca obliterar la evidencia incontestable: la caducidad de cualquier empresa humana, el carácter esencialmente efímero de todos nuestros empeños, la transitoriedad ontológica de la finitud que somos. Es lo que a su intransferible manera llamó Freud el "trabajo del duelo", que no es sino la reconciliación voluntaria con la muerte. Yo vivo ya —yo, que conocí la primavera histórica de los años sesenta, cuando todo lo bueno nos pareció posible— la edad de la familiaridad con la distopía: las utopías acabaron revelándonos sus vísceras envenenadas, su carga letal. Aunque supe siempre, como cristiano convencido, que toda utopía es inseparable de la topía de la cruz, también a mí me tocó el turno de elaborar mi propio duelo, mi quevediano desengaño ante el espejismo transformado a la postre en horror.

Diario de Armando Rojas Guardia, Prodavinci, 18 de marzo, 2017

Deseo. El deseo es mi potencia de existir, de mi sentir y, como he dicho, de mi obrar. La facultad deseante, como afirma Aristóteles en *De anima* es nuestro único principio motor. Spinoza también postula que el deseo es la forma humana del "conatus", es decir, la fuerza que somos, de la que resultamos, la que nos atraviesa, nos constituye y nos anima: "Es la esencia misma del hombre en cuanto concebida como determinada a hacer algo en virtud de una

afección cualquiera que se da en ella". Es lo que soy: cuerpo internamente abismal que desea.

Mi deseo, en tanto humano, es por definición ilimitado. No solo porque nunca termino de desear, sino sobre todo porque lo que deseo, lo que quiero, es precisamente no ser cosa.

"Mi visión personal del cuerpo"/Prodavinci, 17 de marzo 2017

El deseo sexual es un material polivalente, densamente energético, que ha de ser enriquecido, refinado por la conciencia, convertido en cuerpo inteligente, es decir, espiritualizado. Dejado a la pesadez de su propia inercia, entronizado en sus recovecos thanáticos y entrópicos — que los tiene, pues brota de un biológico remanente arduamente hominizado —, conoce la promiscuidad inculta, el crimen sadiano, el caos.

El calidoscopio de Hermes, 18.

Dios. Dios enamora al hombre que lo ama; y éste, a su vez, le tiende a Dios celadas amorosas, se hace el perdidizo, se disfraza, entra en todos los pormenores de esa "puesta-en-escena" que constituye siempre la fantasmática del deseo, el drama de lo imaginario amoroso. Y es que el Amado, Dios mismo, se disfraza para el amante.

El calidoscopio de Hermes, 39.

Dios. El hombre no ha de buscar a Dios para troquelar su propia tranquilidad terrestre.

El Dios de la intemperie

Dolor. ... el dolor es consecuencia de la finitud. Una finitud perfecta, no sufriente, sería tan absurda y contradictoria como un hierro de madera o un círculo cuadrado. Dios decidió crear la finitud como una realidad-otra, distinta de él mismo, precisamente porque esta, siendo diferente de su Creador, podía ser su interlocutora y el objeto de su amor. Un mundo perfecto hubiera sido otro Dios: la disparatada realización de un narcisismo divino, tautológico. El dolor presente en el universo es el precio a pagar por la realidad autónoma de lo creado, que no es un mero espejo donde Dios se automira y se autoadmira, regodeándose vanidosamente en sí mismo, sino algo en verdad disímil de su perfección infinita y, por eso mismo, auténtica alteridad respecto de él, amada por él como tal-otra.

Diario de Armando Rojas Guardia/Prodavinci, 19 de julio de 2016

Duda. A la amiga que le pregunta por qué ha empezado a colaborar con el gobierno nazi, el protagonista de Mephisto, la película húngara, le contesta: "Entre ellos (los nazis) hay gente decente". Efectivamente, uno puede pensar que, dada la ambigüedad de la historia, en su momento hubo personas que creyeron de buena fe, sobre todo inicialmente, en ese horror asesino que fue el nacionalsocialismo. Por ello hay que salirle al paso a esa ambigüedad, deslindando lúcidamente y a tiempo los diversos ámbitos y niveles dentro de los cuales opera. Si no, uno se transforma, como el personaje de Mephisto, ni más ni menos que en un cómplice. Se trata de optar "con los ojos abiertos", movilizado desde adentro por una ardiente conciencia crítica, hasta convertir al dubitativo Hamlet que uno encierra al fondo de sí mismo en un decidido actor de la historia.

Diario de Armando Rojas Guardia/Prodavinci, 18 de febrero, 2017

Enamoramiento. ¿Mi vida erótico-afectiva? Diría que en "epojé" fenomenológica: suspendida, entre paréntesis, dilatada en pura pausa. En septiembre casi me enamoro. Fue en Mérida: un joven apuesto, distinguido, inteligente. Pero en vano. No hubo, contra toda apariencia, verdadera comunión, ni siquiera física. Procuro, aunque no me agrada el concepto psicoanalítico, aplicar la estrategia sublimatoria —prefiero nombrarla transfiguradora—, es decir, busco la compensación que pueden ofrecerme la experiencia estética, la creación literaria, la amistad y los encuentros interpersonales, la misma oración como búsqueda de la unión espiritual, y también hasta cierto punto sensible, con el Absoluto.

Diario de Armando Rojas Guardia/Prodavinci, 29 de octubre de 2016

Enfermedad. ¿Y qué otra cosa es la enfermedad sino un aprendizaje de los limites? La enfermedad puede ser una sutileza, a veces exquisita, de la espera. Solo grandes enfermos como Epicuro y Nietzsche han podido elaborar ese gran "arte de la salud" que representan sus respectivas filosofías.

Cuánto purgatorio de limpieza ha significado para mí la enfermedad, cuánto le debo a su árido espacio, a sus cielos llameantes y a su suelo de cristal de roca donde a menudo apunta una nueva correlación de mis fuerzas psíquicas y un nivel superior de conciencia.

El Dios de la intemperie

Epifanía. He hablado de la literatura como epifanía de la subjetividad. Debo decir que no concibo frutos de la subjetividad que no sean compartidos. Sí, se nos ha dado el lenguaje también como lugar de encuentro. En arte, representa una perogrullada comprobar que lo radicalmente individual se abre, en su ápice, a lo más entrañablemente común de la especie humana. No hay una sola palabra nuestra, dicha como artista, que no mueva arquetipos y símbolos que son el patrimonio cultural de esta frágil especie hoy a punto de suicidarse de manera colectiva. Ya decía Artaud: "Nadie se suicida solo".

El calidoscopio de Hermes, 36.

Ensayo. Amo la vocación de ensayista, pero sin el academicismo pedante que hoy suele acompañarla.

Ensayista de estirpe es el que recorre inteligentemente el cuerpo de su propia experiencia con la cultura. Es la carne de su propia existencia conciente- la de su conciencia en contacto vital con el mundo- lo que el ensayista verbaliza. Escribe para recorrerla sensual, parsimoniosamente y, por la virtud de ese recorrido, llegar a ser lúcido.

El calidoscopio de Hermes, 2

Escritura. Comencé a escribir, pero casi sin tener conciencia de ello. Siempre asombró a mis maestros la facilidad que tenía para la composición articulada de palabras, aunada a la maestría para leer en voz alta. Lo que había de común en ambas experiencias, el secreto que las irrigaba al unísono en mi psicología era sólo éste: el amor incondicional por la forma, la pasión por la arquitectura verbal, por los dibujos y los arabescos mentales que se consiguen cuando uno dice bien, al ritmar la música del pensamiento con las oraciones cortas y largas, con los puntos y las comas, con todo el entramado vivaz y sonoro de la sintaxis.

Citado por Ignacio Murga. Sic. N° 828. Setiembre-octubre de 2020.

Espera. La espera no es exactamente la esperanza. Es la expectación, que es distinta. La espera se reduce a esto: atención. La vigilia es el arranque mismo de la vida en el espíritu (el velar con la lámpara encendida de la virgen prudente, aguardando en la alta madrugada ontológica la llegada del Esposo). Si la esperanza puede ser en ocasiones frívola, trivial, no hay rigor que pueda compararse a la atención de la espera.

Citado por Ignacio Murga. Sic. N° 828. Setiembre-octubre de 2020.

Fe. Este Otro, por el solo hecho de existir como interpelación, me hace responsable (responsable es el que responde). Y me hace, también, obediente, es decir, me sumerjo ante él en *el ob-audio*, el oír-al-que- me enfrenta, al- que- está delante. Una obediencia que no consiste en recibir órdenes, sino en atender a la naturaleza misma de la interpelación, al hecho mismo del encuentro: estar-abierto—al Otro, permanecer a la escucha del otro, disponible a él.

El calidoscopio de Hermes, 33.

Fracaso. En una sociedad montada sobre la indiscriminada aspiración al éxito, solo el fracaso preserva la lucidez existencial. Este guarda todavía, en su rincón riguroso, ignotas posibilidades de realización humana, que los triunfadores desconocen.

El fracaso puede ser Dionisos incubándose en el muslo de Zeus. Si el éxito es la mayoría de las veces un vulgar oropel espiritual, el desierto al que la derrota convoca es el anhelo secreto de los santos, hartos de vencer. "Abatime tanto, tanto… " dice la copla de San Juan de la Cruz.

"Fracaso, lenguaje del fondo, pista de otro espacio más exigente".

(Rafael Cadenas, Falsas Maniobras)
El Dios de la intemperie

Hay un sentimiento soterrado, y a veces muy explícito, en nosotros los venezolanos. Más que una conceptualización es eso, una suerte de sensación, un sentimiento: la sensación y el sentimiento del fracaso. Algo profundo en nuestro sentir colectivo se relaciona orgánicamente con lo fallido, lo truncado, lo abortado, lo desgarrado, lo desviado, lo extraviado (como una flecha que no logra dar en el blanco) [. . .] Todos nos sentimos crónicamente disminuidos frente a la envergadura política y militar, y en general existencial, de aquella nuestra primera hora histórica [independentista]. Ese sentir ya estaba presente en el siglo XIX: al fallecer Fermín Toro, Juan Vicente González escribió: 'Ha muerto el último venezolano'.

Entrevista con Juan Lebrun. /Revista *Poesía*. 20/01/2020

Héroes. La psicología del héroe tiene mucho de épica adolescente: el héroe busca autoafirmarse ante el mundo (por eso, por esa obsesión autoafirmativa, la gesta heroica es tan egótica). De modo que anclarnos como país en la psicología del héroe significa estar permanentemente retrotraídos a nuestra

adolescencia republicana, negarnos a salir de ella. Pero lo crucial es que ese épico trasfondo psicológico, como referente axial de nuestra vida colectiva, no nos evita —sino, antes, al contrario, nos empuja a darnos de bruces contra él— el contraste permanente de nuestros modestos logros históricos con la magnitud de aquella edad heroica, la primera de nuestro devenir nacional.

Discurso que leyó en el Palacio de las Academias, con motivo de su juramentación como Individuo de Número de la Academia Española en Venezuela. 2016

Homosexual (El). Ante todo en el homosexual la sociedad falocrática instala el miedo. Es claro que dicho miedo no es privilegio y monopolio exclusivo de los homosexuales, porque hasta el heterosexual aparentemente mas "resuelto" esconde dentro de sí mismo la poderosa bomba de tiempo del miedo a la feminidad —a la propia feminidad, en el caso de los hombres—. Y no podría ser de otra manera, dada la represión social imperante contra el polimorfismo esencial del deseo y la transexualidad de todo sujeto humano. Si no está alerta, con una lucidez rigurosa que, por desgracia, no es accesible a todos, el homosexual no cae en la cuenta de la diferencia abismal que existe entre la homosexualidad, tal como ella es espontáneamente, y la imagen que oficialmente se tiene de ella. El sujeto homosexual se confunde: corre el riesgo de asumir la segunda en vez de la primera. Empieza a tener una imagen de sí mismo —y, en consecuencia, una conducta— que corresponde a la exportada por los aparatos ideológicos de esta sociedad. Es decir, corre el peligro de volverse, incluso para sí mismo, grotesco, subrepticia o explícitamente "perverso" (una palabra que Freud utilizó lavándola de toda connotación aberrante), tal como ven al homosexual "los otros".

El Dios de la intemperie

Ídolos. La necesidad de la adoración es, en el ser humano, indesterrable. Por eso para la tradición bíblica el pecado por excelencia es la idolatría, la pleitesía y el culto que ofrendamos a los ídolos, sustitutos "religiosos" de aquel a quien se nos convoca a amar con toda la mente, todo el corazón y todas las fuerzas (Mt 4, 10) en el único tipo de adoración que no nos envilece, disminuye y degrada porque nos hace libres. Los ídolos, por el contrario, nos esclavizan: el poder, el dinero, el placer inmediato comprado por la compulsión consumista, el sexo entronizado para satisfacer las demandas más pornográficamente deletéreas del instinto: por todas partes se percibe, en la sociedad contemporánea, la seducción esclavizante de estos ídolos a los que el hombre se rinde y somete, adorándolos de manera tácita o explícita.

Diario de Armando Rojas Guardia/Prodavinci, 19 de julio, 2016

Laico. Me siento muy orgulloso de ser un laico católico, de no pertenecer a ninguna orden religiosa. Mi ámbito de realización es completamente secular. En la Iglesia hay un estamento clerical formado por los presbíteros cuya cabeza es el Obispo, pero también hay religiosos que no son sacerdotes y de alguna manera son laicos; por ejemplo, los hermanos co-adjuntores jesuitas que no se ordenan son, a su manera, laicos. Cuando yo estudiaba filosofía le dije al Provincial de la Compañía: "Padre, tengo una clara vocación laical, yo no quiero pertenecer al estamento clerical". Y él me dijo: "Armando: te queda la opción de ser hermano co-adjuntor jesuita"

Citado por Ignacio Murga. Sic. N° 828. Setiembre-octubre de 2020.

Locura. La locura es todo lo contrario de un refugio.

Si la experiencia interior la convierte en casa cómoda, deja de ser lo que es: se convierte en seguridad, es decir, en pose… es decir, en coartada.

La locura solo es creadora cuando deviene intemperie.

El Dios de la intemperie

Misterio. … el espacio donde el sentido sobreabunda. Por eso enceguece, por su propia plenitud.

EL Dios de la intemperie

Místicos. Los místicos son los maestros de la vida interior. La experiencia mística ocurre en el fondo de la interioridad del sujeto, en el abismo de su propia carnalidad subjetiva, de modo que los místicos nos enseñan a relacionarnos creadoramente con nuestro mundo interior, con ese insondable abismo que todos llevamos dentro. Existe en el fondo del sujeto un pozo interior inagotable, una carnalidad subjetiva que hay que atender y que hay que aprender a percibir, disfrutar y cultivar: los místicos nos enseñan cómo hacerlo.

Citado por Ignacio Murga en "El Sonido y la corteza". Papel Literario El Nacional, 10 de enero 2021.

Modernidad. Quisiera emprender el intento de circunscribir la naturaleza de la relación que existe entre mi trabajo simbólico y algunos de los principales problemas teóricos suscitados por el hecho de que el marco histórico

dentro del cual realizo mi obra no es otro que el resumido en la palabra modernidad.

(...)

Formularía la esencia de este problema, tal como me lo planteo dentro de mi propia obra, de la siguiente forma:

Lo que llamamos "espíritu moderno" es el resultado de un proceso histórico que se inició a mediados del siglo XVI con la transformación galopante del orden y la mentalidad feudales. Entiendo, pues, por "modernidad", el universo cultural que surge con el advenimiento paulatinamente hegemónico de la burguesía; universo imbricado, como es lógico, en movimiento dialéctico, con vastos residuos ideológicos de formaciones sociales anteriores a la capitalista, recogidos y modalizados por el orden de ideas que acompaña a la nueva clase dominante.

El Calidoscopio de Hermes, 11

La fe religiosa es vivida por mí no en el corazón histórico del hecho moderno, sino en su periferia. No se trata solamente de la periferia (atipicidad y anacronismo) de la experiencia religiosa misma en el marco de la modernidad. Es también que la realidad cultural en la que vivo la religiosidad, y la transcribo, constituye un orbe periférico con respecto a las metrópolis del mundo moderno. El rostro de la civilización burguesa, la fisonomía de la modernidad, tiene para los latinoamericanos un color concreto, el de la dominación, el de un totalitarismo del poder económico, apoyado en la ciencia y la tecnología, cuya sombra de iniquidad podemos comprobar en este continente todos los días. Hemos sido y somos las víctimas del Occidente moderno, su hijo bastardo, su indócil esclavo manumiso, su cimarrón famélico y desorientado, en fin, su oprobiosa denuncia. Somos un vasto cuerpo cultural engendrado por el coito de las expoliadas carnes aborigen y negra, ligadas todavía hoy a sus marcos de referencia pre-modernos, con la maltrecha carne ibérica, cuya vinculación con la modernidad ha sido secularmente problemática desde el comienzo de esta.

El Calidoscopio de Hermes, 11

Monje. Mi vocación esencial es la de ser monje. Salgo poco de mi apartamento, que es la celda donde estudio, pienso y escribo. La palabra monje viene de la griega "monachós" que significa "solo". Yo siempre me he visto como un monje porque la soledad es mi patria espiritual. Yo soy, básicamente, un solitario desde hace muchísimos años. Mis maestros, en este arte del vivir en soledad, han sido Henry David Thoreau, Emily Dickinson, Simone Weil y Thomas Merton.

Citado por Ignacio Murga. Sic. N° 828. Setiembre-octubre de 2020.

Muerte. Dicen que en el centro del huracán hay un eje de incólume calma. Es lo que siento ahora. En medio del malestar físico y el torbellino anímico Dios me ha concedido mantener una subyacente, un equilibrio psíquico, imbatible, que constituye un tesoro de la gracia. Sé que estoy en las manos del misterio inefable que llamamos Dios y de su tácita y explícita voluntad. Mi relación con ese misterio es una historia de amor, un antiguo romance. El es para mí lo que ha sido siempre, desde mi remota niñez: el Amado. Estoy seguro que, pase lo que pase conmigo, no me abandonará. Incluso en la hora de mi muerte podré decir, en virtud de ese amor indefectiblemente leal, " estoy a salvo".

Su último post en el Facebook

Amigos míos, estoy existencialmente anclado en el aspecto trascendental y teologal de la esperanza, porque en lo que respecta a la evolución de mi enfermedad sólo aguardo lo peor. Los tumores en el páncreas suelen ser malignos. De manera que esa es la confirmación que espero de la biopsia. De todas formas, no es poca cosa estar invadido, incluso sensorialmente, por la convicción de que mi relación con el Absoluto es una historia de amor, un antiguo romance que no nos defraudará, ni a Él ni a mí: me permitirá, llegado el caso, morir "in manos suas". He estado leyendo el bello opúsculo del místico catalán de la Edad Media, Ramón Llull, titulado "Cántico del amigo y del Amado". Me identifico con cada una de sus líneas, de sus frases. Dios es para mí lo que siempre ha sido: el Amado. Su amor, indefectiblemente fiel, hará que en el momento de mi muerte yo pueda decir a conciencia: 'estoy y estaré a salvo'.

["Este breve mensaje, dice Armando, lo escribí para dos amigos jesuitas. Resume mi actitud espiritual frente a mi enfermedad]. Jesús María Aguirre, S.J.

Mundillo (religioso): Me asquea el mundillo religioso, la vocinglería eclesiástica, en cuanto reviste de facilidad el vacio. Siempre me repugnó la máquina doctrinal que tiene todas las respuestas posibles a todas las posibles preguntas. Uno introduce la pregunta, y al instante aquella máquina sapiente elabora la respuesta infalible (que pretende calmar fatuamente la sed, el bochorno), la vergüenza que emanan del vacío, de las regiones postreras —y tantas veces atroces— de la conciencia. Nada más vomitable que esa muerte del espíritu, que ese ambiente cuyo suelo arde de cuestiones pospuestas, permanentemente insatisfechas.

El Dios de la intemperie

Narración. Los evangelios no son sino teología narrativa: Jesús mismo fue, por así decir, un narrador público, un relator de historias a través de un lenguaje siempre expresivo y plástico (no esperaba de sus oyentes una reflexión teórica, solo la obligante decisión práctica). Desde "Las mil y una noches" sabemos que lo único que retarda nuestra cita con la muerte es el cuento que nos narramos a nosotros mismos para otorgarle sentido a nuestra vida: la narratividad —en última instancia, mítica— nos gobierna desde adentro, esa ficcionalidad simbólica donde se enraíza toda la donación de significado que otorgamos a lo que somos, tenemos y hacemos. Hay una filosofía narrativa: empieza con Schelling, y yo trato, en la medida de mis posibilidades, de adherirme a ella, siguiendo la pauta que formuló con exactitud Hanna Arendt: "Ninguna filosofía, análisis, aforismo, por profundos que sean, pueden compararse en intensidad y riqueza de significado a una historia bien narrada".

Diario de Armando Rojas Guardia/Prodavinci, 4 de marzo, 2017

Oración. Como el amor, la oración es un espacio quemante en el que nadie entra impunemente. Todo aquél que, alguna vez en su vida, ardió de veras en ese espacio, guardará —a veces a pesar de sí mismo— unas cenizas calientes en su memoria. Y, al igual que para Lacan el amor es la nostalgia de una zona del deseo perdida para siempre, de una región virgen clausurada, pero incesantemente añorada, el antiguo orante buscará en otras disimiles experiencias —estéticas, filosóficas, inclusive políticas— la huella de aquella hoguera, los dibujos demorados de su ausencia.

El Dios de la intemperie

En la Biblia no hay desarrollados, ni siquiera embrionariamente, como en el hinduismo y el budismo, un sistema ni un método para acceder, a través de ellos, al contacto con lo divino. No existe, perfilada, una metodología meditativa. En la Biblia sólo existe, explayada hasta la exhaustividad, esta convicción: el hombre puede y debe dialogar con Dios. «Dios habla y el hombre habla: he aquí el hecho sobresaliente de Israel» (Maurice Blanchot). Cuando se encuentran y entrecruzan el hablar de Dios y el hablar humano, estamos en presencia de la oración. Santa Teresa de Ávila, fiel a esta tradición, definió la plegaria de este modo: «conversación de amor con quien sabemos nos ama». En tal conversación el hombre puede, y debe, decirle a Dios absolutamente todo lo que experimenta: su bienestar existencial, pero también su desgracia; su alegría desbordante por el hecho de vivir, pero también su desesperanza e incluso su desesperación; su gratitud, pero también su rabia, aunque esa rabia esté dirigida a Dios mismo. PUEDE, y debe, expresarle a Dios lo que cree, pero también lo que no cree: sus convicciones íntimas, la osatura axiológica que sostiene la vida de su conciencia, pero también sus insondables preguntas, aquellas por las que no ha encontrado respuestas; sus afirmaciones radicales, pero también sus dudas, hasta las más devoradoras y atroces. En Gen 32, 25-33, Jacob lucha durante toda la madrugada, cuerpo a cuerpo, con un personaje desconocido que la tradición judeo-cristiana se ha atrevido a señalar que es nada menos que el propio Dios o, al menos, un avatar de su energía.

"Meditación en Voz alta", publicado en el blog del Círculo de Escritores de Venezuela 13 de mayo de 2020

Otro (El). El Otro se revela siempre como rostro y es incapaz, por definición, de ser tematizado y conceptualizado. En este sentido, el Otro destotaliza la expansión egótica de la subjetividad, la hace salir de sí, la juzga interpelantemente. El ego de lo subjetivo moderno, desde el Yo pienso, de Descartes, hasta el Yo trabajo, de Marx, dibuja una subjetividad que, pese a sus fuentes cristianas, niega al Otro como absoluto, como absolutamente Otro.

El Dios de la intemperie

Padre (EL). Mi padre es una presencia poderosa en todo el decurso de mi existencia. Su ejemplo fue para mí paradigmático: mi vocación literaria solo es explicable a partir de él. Mi tía Albertina contaba que, teniendo yo cuatro años de edad, un día me preguntó: "Armando, cuando seas grande, ¿vas a ser poeta?". Y yo le respondí: "No es que lo voy a ser. Ya lo soy". Esta anécdota encuentra su única explicación en el ejemplo de mi padre, internalizado por mí y convertido a una edad muy temprana en mi carne psíquica.

En su Facebook.

Palabra (La). La palabra consiste en esto: en que te estoy hablando.

El Dios de la intemperie

Patria. La memoria de mi cuerpo (¿y qué es un país sino la memoria de un cuerpo?) hunde sus raíces en el subsuelo espiritual de una comunidad histórica específica entrelazada con una geografía también concreta y determinada-(soy, ante todo, un caribeño: una de las células germinales de la conciencia que tengo de mí mismo en

relación con la materialidad del mundo, e igualmente de mi historia psíquica, la constituye la visión de la cordillera de la costa precipitándose a pico sobre la lámina meridianamente resplandeciente del mar, tal como podía contemplarla, en mi remota infancia, desde la carretera que va enhebrando los cerros del litoral central). Desterrándome (y un exilio se efectúa de muchas maneras: existe el destierro interior), solo conseguiría convertirme, como ser humano y como escritor, en "un hongo de museo, una polilla de libro y una telaraña de piano" (tres metáforas de Arturo Uslar Pietri).

Diario de Armando Rojas Guardia/Prodavinci, 2 de agosto de 2016.

Plenitud. … la incandescente inmediatez del Absoluto se demora para nosotros en la equívoca, empañada y a menuda opaca inmanencia. Solo asumiendo hasta sus heces lo inmanente accedemos a la Trascedencia. Un hambre de transparencia, una sed de Absoluto, una necesidad de patencia del sentido que no acepten y asuman la mediación indispensable de lo relativo, de lo ambiguo, de lo velado, de lo vidriado (el espacio, el tiempo, la historia, los cuerpos, la materia, el lenguaje, el dolor de ser finitos, la muerte) sencillamente no saben de qué plenitud divina se trata cuando pretende aproximársele.

Diario de Armando Rojas Guardia/Prodavinci, 18 de febrero, 2017

Poesía. La premisa de la que parten las palabras que voy a pronunciar hoy ante ustedes puede formularse de la manera siguiente: escribir poesía en muchos sentidos representa un hecho coyuntural y, hasta cierto punto, accidental; lo de verdad trascendente y crucial es vivir poéticamente.

"El Centro y la periferia". /Prodavinci, 16 de julio de 2013.

Poeta. Afirmo que el poeta es un verdadero chamán, de estirpe atávica, caracterizado por una experiencia primordial del inconsciente, individual y colectivo, al que viaja mediante el talante mítico del poema, removedor de arquetipos universales; accediendo a la dimensión misteriosa de la poesía por el cerco de la imagen: el enemigo rumor, como lo llama Lezama Lima, provoca las vueltas y revueltas metafóricas, los lazos y enredaderas verbales, la plurivocidad del verso que rompe la tan habitual linealidad, a los fines de experimentar de una manera otra, no por oblicua menos penetrante, el clamor del alma humana en sus relaciones con el mundo y con el trasfondo de sí misma.

Citado por Ignacio Murga. Sic. N° 828. Setiembre-octubre de 2020.

Psique (Mi). La psique, como lo afirmaba mi amiga terapeuta María Inmaculada Barrios, es "materia incierta". La psiquiatría y la psicología clínica son todavía ciencias muy jóvenes: tal como las conocemos hoy, su origen se remonta apenas al siglo XVII (si hemos de creerle a Michel Foucault). Por eso mismo, no es de extrañar su imprecisión conceptual a la hora de los diagnósticos. Yo mismo soy, clínicamente hablando, la prueba fehaciente de ello. Para algunos psiquiatras que han conocido y tratado mi caso, mi trastorno psíquico consistiría en la llamada bi-polaridad afectiva: la oscilación masiva, sin solución de continuidad, entre el polo maníaco y el polo depresivo; oscilación que por momentos entra en fase psicótica debido a la violencia implícita en su propia dinámica fracturada. Otros terapeutas, a mi juicio más sabios y asertivos, señalan que he padecido, más bien, y claramente, una esquizofrenia paranoide (esta es la versión más benigna de la esquizofrenia porque no involucra detrimento de las facultades intelectuales). Jean Marc Tauszik lo formuló lapidariamente: "¿Dónde está, Armando, tu polo maníaco? El polo depresivo se ha hecho evidente, pero de ninguna manera el maníaco". Y, sin embargo, nunca olvido lo que me dijo, en la primera conversación que sostuve con él, un respetable psiquiatra merideño:

"Uno tiene, a estas alturas de la propia experiencia clínica, una percepción adiestrada, y en ocasiones ya casi automática, del paciente; y debo decirte que en tu caso no percibo estar hablando con un esquizofrénico"

Diario de Armando Rojas Guardia/Prodavinci, 4 de marzo, 2017

Realidad. La realidad fue siempre en mi caso un cofre sellado que contiene un mensaje crucial, de vida o muerte, pero que yo no sé abrir con la rapidez y soltura necesarias: sencillamente porque no vislumbro dónde puede estar la llave.

Diario de Armando Rojas Guardia/Prodavinci, 28 de enero, 2017

Risa. Si Eros es el impulso que nos lleva siempre a hambrear más y mejor vida, la risa es la mejor imagen simbólica del placer erótico: plenitud, vivacidad y creatividad corporales, anímicas, psíquicas y espirituales. Tal es el estatuto sacro del acto de reír. Mis hijos putativos Adalber[1] y Alejandro[2], cada uno a su manera, han convertido la risa en la clave hermenéutica para leer mi trabajo literario, porque el aprendizaje vivencial implícito en ese trabajo, aprendizaje que yo quiero compartir con mi lector, ha consistido en un sostenido aprender a reír. En

[1] Adalbert Salas Hernández
[2] Alejandro Sebastiani Verlezza

dos momentos especialmente densos de la historia de la espiritualidad humana, el hierofante eleusino y el cura católico se transformaban, a través de la alegría, connotada sexualmente, a la vez en sacerdotes y bufones. Y siempre hemos sabido que una de las principales funciones del bufón es decir la verdad que el poder —social, político, clerical— desea reducir al silencio. Yo tengo el privilegio de ser un discípulo en la escuela existencial de Eros.

Diario de Armando Rojas Guardia/ Prodavinci, 22 de octubre, 2016

Rostros. El modo por el cual se presenta el Otro ante mí, superando la mera idea de lo-otro, de lo neutro cosificado, lo llamamos rostro. Ese rostro no consiste en figurar como tema ante mi mirada, en exponerse como un conjunto de cualidades formando una imagen: el rostro del Otro desborda en todo momento la imagen plástica que él me deja, la idea de él a mi medida y a la medida de su "ideatum": el rostro no es el develamiento de un neutro impersonal sino una expresión: el contenido de esta expresión que es esta expresión misma. Se trata de una transitividad sin violencia que me enseña, no mayéuticamente porque no proviene de mí sino de la pura exterioridad, trayéndome más de lo que yo contengo. Adviene, así, la impronta ética de la interpelación: el Otro como la extranjeridad que nos llama.

Mi visión personal del cuerpo"/Prodavinci, 17 de marzo 2017

Soledad. La soledad es la otra cara de la comunión con los otros. Bien entendida, se abre, en su ápice, a la fraternidad; siempre que no se viva como aislamiento espiritual o misantropía. Estoy acostumbrado a vivir una soledad impregnada de seres entrañables a los que amo y que están presentes en mi vida de múltiples y variadas maneras. No sentirse amado es algo terrible. Dicen, por cierto, unos versos de Cardenal: "Todo gozo es unión. /Dolor, estar sin los otros".

Citado por Ignacio Murga. Sic. N° 828. Setiembre-octubre de 2020.

Solidaridad. La solidaridad no puede, y no debe, ser impuesta. No puede, ni debe, ser una solidaridad vigilada policialmente Al ser vigilada, la pervierte enseguida el resentimiento. Y se transforma en odio.

Diario de Armando Rojas Guardia/Prodavinci, 4 25 de febrero, 2017

Templo. Subvirtiendo la tradición religiosa que concebía y concibe al templo como el eje del universo, la simbólica cristiana más primitiva proclama que, desde la muerte de Jesús (a manos de la religión), "'el velo del templo" se rasgó de arriba abajo" (Mc 15, 38). Es decir que, según los postulados de esa revolución copernicana introducida en el contexto religioso por el cristianismo, el contacto con la divinidad ya no se realiza en el lugar privilegiado del culto: el hombre es arrojado —como el niño cuando lo expulsa el útero— a la adultez de un universo sin falsos regazos maternos, sin vaginas míticas.

El Dios de la intemperie

Titanismo. Hay un titanismo moral. Un Prometeo de la moral.

Para quien se lanza a esa empresa desmesurada —y solo los paradigmas yoicos pueden empujarlo a uno a ella— solo existe la Ley y, por supuesto, la sombra puntualísima que ésta arroja: la Culpa.

Y como ese binomio (Ley-Culpa) es exactamente el Terror, un neto arquetipo yoico, ¿qué tiene de extraño que, traspasando las fronteras de la interioridad subjetiva, se traduzca en inquisición exterior, en terrorismo político?

Robespierre fue llamado "el incorruptible".

Lo único que purifica de la "hybris" yoica, lo único que redentoramente hace tambalear la fatuidad de los sistemas — incluso, y sobre todo, morales— donde se amuralla nuestra inseguridad, es el contacto con esta vastedad cósmica del mundo plural, con la majestad de esa multiplicidad universal que nos nutre y nos ignora.

El Dios de la intemperie

Tragedia. ¿Qué es lo trágico? ¿Cuál es, en última sedimentación semántica, el contenido de esa palabra, vinculado a una arcaica manifestación de la cultura?

Como se sabe, el núcleo de lo trágico reside en la afirmación simultánea de los contrarios. El hecho trágico constituye, así, la epifanía de esa combinatoria ontológica que reúne y teje los contrarios a todo nivel entintativo.

El calidoscopio de Hermes, 31

Vacío. Nadie que haya experimentado el sabor del espíritu destilado, buscado por sí mismo; nadie que haya paladeado de veras, aun a costa del esfuerzo que conlleva remontar el cerco de los en-

tes, dicho plenismo vacío, podrá olvidar ya en qué consiste ser hombre, cuál es el único hambre que no compartimos con los animales.

El calidoscopio de Hermes, 11

Venezuela (Oración por). Hoy mi cena consistió en unas galletas acompañadas de queso de cabra y una taza de té negro endulzada, a falta del inconseguible azúcar, con un poquito de miel. Fue una comida frugal y, sin embargo, no se me escapó, mientras la paladeaba, que tanto el queso de cabra como el té y la miel son lujos inalcanzables para la mayoría de mis compatriotas en esta hora de carestía y escasez que vive mi país. Como en la República de Weimar, muy pronto en Venezuela una cajetilla de cigarros –otra de las opulencias que, con dificultad pero también con poco saludable empecinamiento, puedo permitirme- costará una fortuna de miles, si no de millones, de bolívares. Un gobierno inepto hasta la insensatez, que todos los días viola la legalidad democrática y que solo está sostenido por el poder militar desnudo, ha desatado una crisis humanitaria de proporciones bíblicas: por primera vez en mi vida tengo amigos que conocen el hambre. Mueren los niños y los ancianos por la ausencia de medicinas e insumos clínicos. En estas circunstancias, esta noche, al cenar, recordé aquel "Dichosos los afligidos" del capítulo 5 de Mateo: Jesús no cuestiona ni niega la risa como plenitud existencial; simplemente nos invita a una aflicción empática, solidaria, que no se permite olvidar, en medio de la experiencia de la alegría, a todos aquellos que no pueden compartirla porque padecen carencia y necesidad, el dolor nítido y neto de la imposibilidad en cualquiera de sus formas. Ruego a Dios, porque solo él puede otorgármela con creces, que me conceda la gracia de que aquí, dentro de mi eventual bienestar, yo no sea nunca indiferente a ese dolor.

Diario de Armando Rojas Guardia/ Prodavinci, 23 de julio, 2016

Viaje. Podemos concebir el arranque de la experiencia espiritual como una salida, como un éxodo. El que se resiste al viaje, a un cierto nomadismo mental que implica una constante movilización interna y una ruptura con respecto a la fosilización del pensamiento a la que solemos fácilmente acostumbrarnos, no tiene el talante adecuado para emprender lo que, sin duda, es una aventura suprema. Muchos seres humanos carecen de densidad interior por mera carencia de espíritu de aventura.

El Dios de la intemperie

En el centro de la estampa que pinta mi primer recuerdo se mueve, sinuoso, un tren eléctrico. Durante años fue éste mi juguete favorito. Subirse a un tren fue siempre para mi imaginación el viajar por antonomasia. Y eso es lo que el ferrocarril de la infancia funda en la raíz de mi conciencia: la emoción insustituible de la experiencia del viaje, la migración espiritual, la invitación a la aventura, el riesgo a ponerse en camino, la felicidad de los nómadas y los peregrinos.

Citado por Ignacio Murga. Sic. N° 828. Setiembre-octubre de 2020.